

CONGRESO INTERNACIONAL
DE LA FAMILIA - BOGOTÁ
Universidad de la Sabana
Abril 28 y 29 de 2006

La identidad masculina y la figura parental en la maduración afectiva de la familia

Introducción retórica

Los retóricos fueron los primeros maestros de la didáctica. Ellos decían que había que disponer al auditorio para que adoptara una actitud *benévola, atenta y dócil* frente al aprendizaje. La *benevolencia* es sinónimo de estar deseoso, entusiasmado, motivado, diríamos hoy, es decir anhelando bien-aprender, de ahí lo de bene-volencia. La *atención* pensaban suscitarla mediante el conocimiento de las dificultades propias del aprendizaje que uno se dispone a realizar. Y, por último, la *docilidad* se logra ateniéndose al *método* que se debe seguir, que nos hace dóciles a la hoja de ruta. De estas tres disposiciones la que nos interesa más aquí es la atención. Hay que prestar mucha atención a lo que es la mayor dificultad actual en el estudio de nuestro tema. Nos referimos a lo que parece ser una pérdida generalizada de conciencia de la paternidad. Tenemos la impresión de que hay una suerte de opacamiento al respecto en la mentalidad colectiva de Occidente. Veamos una muestra empírica de ese opacamiento: Ivonne Bordelois¹ informa sobre una encuesta a 100.000 chicos de la ciudad de Rosario, Argentina, con la que se intentó averiguar cuáles eran las palabras preferidas de los chicos. Aparte de alguna como *milanesa*² -elección bien obvia- los encuestados escogieron *amigo, amor, mamá, jugar, abrazos*. Una experiencia similar realizada por el British Council arrojó como preferidas *mother* y *passion*, pero, sorprendentemente, no se halló la palabra *father* entre los setenta términos sobresalientes. Aparecía hipopótamo, pero no padre. ¿Esto refleja la apreciación de los chicos respecto del padre y la paternidad? Si unimos estos

¹ (2005). *El país que nos habla*. Buenos Aires: Sudamericana, p. 212.

² Bistec empanado.

datos estadísticos a las observaciones de psicólogos y pedagogos respecto de la devaluación del rol de padre, no parece aventurado decir que estamos, efectivamente, en presencia de una cierta devaluación. Al respecto, permítaseme citar la reciente obra de Claudio Risé, sociólogo y psicoanalista francés junguiano, *Le père absent*³. El autor estudia los estragos sociales causados por la ausencia de los padres. Hay datos bien significativos: el 85% de los jóvenes encarcelados en los Estados Unidos han crecido sin su padre. El 75% de los suicidas lo mismo. El divorcio, en la mayoría de los casos aleja al niño de su padre. Claudio Risé escribe *“la desaparición después de medio siglo del rol de padre en la organización de las energías del niño y en su iniciación a la Sociedad señala una ruptura antropológica entre el hombre y la cultura masculina precedente”*. Más adelante el autor señala que la autoridad paternal es constitutiva de la personalidad del niño y una condición de su desarrollo. Lamentablemente, hijos de madres solas o padres solos sufren el efecto de la falta de complementariedad entre varón y mujer.

Experiencia originaria de la paternidad

La comprensión del rol de padre se va logrando a partir de la experiencia originaria de la paternidad, la que se tuvo en la relación con el propio padre o con quien hizo de tal. Luego se irá enriqueciendo y se matizará al influjo de experiencias análogas provenientes del mundo escolar y aún del propio ámbito familiar extendido, por influencia de abuelos, tíos, hermanos mayores, etc.

La protoexperiencia paternal puede pasar de la admiración al rechazo. Esta labilidad se acentúa en la adolescencia o en momentos de crisis, para irse estabilizando, normalmente, sin alcanzar rupturas o quiebres demasiado traumáticos. La figura parental se va internalizando hasta que se actualiza cuando nos toca el turno de ser padres.

Si se me permite un testimonio personal, con los años la figura de mi padre ha ido ganando presencia en mí. Hoy capto más nítidamente la casi inadvertida grandeza de su testimonio de padre. Tuve yo la no comprada gracia de una familia cristiana, con mi padre como discreto guardián y mi madre como indefectible motor. ¿Qué transmitió de importante ese hombre que, como tantos

³ (2005). París: Rémi Perrin.

padres, hizo de lo más sencillo y cotidiano algo trascendental y más durable que su propia vida, algo perceptible aún en hijos y nietos? Impregnó de valores las cosas de todos los días, y manejó con virtuosismo la sutil dialéctica del cariño y la autoridad. En mi vida he conocido personas buenas pero nunca tan buenas como los cristianos buenos o, mejor, los buenos cristianos. Fue su caso. Pero no se crea por eso que entre él y sus hijos todo se desarrolló sin tensiones y algún temporal distanciamiento. El que prometa métodos para evitar todo conflicto no ha entendido la verdadera condición humana, en la que el conflicto, la tensión al menos, es omnipresente y no por ello infecunda, muy por el contrario.

La educación ancestral

Hay algo que suele llamarse *educación ancestral*. Por tal entiendo aquí ese influjo imponderable pero profundo que ejerce el medio familiar, presente y pasado, sobre todos sus miembros, focalmente sobre los hijos. Un influjo que cala hondo en nuestras almas. Existe una cantidad de huellas sensoriales, afectivas, habituales (de *habitud*, en la traducción de Xavier Xubiri en lugar de hábito), actitudes de todo tipo, conscientes o no-conscientes, que nos van modelando desde pequeños por una suerte de ósmosis familiar. Quedan grabadas en nosotros formas y entonaciones del lenguaje, modos y técnicas expresivas, esquemas posturales y gestuales, ritmos biopsíquicos diversos, aromas entrañables del habitat familiar, gustos diversos que van desde los culinarios a las valoraciones estéticas, éticas y religiosas, ritos y mitos, narraciones, chistes y humoradas, melodías, canciones, ritmos, rimas, poemas, recuerdos de familia, dichos y sentencias, ideas y juicios asumidos como evidentes, y tantas otras pertenencias y adherencias que nos identifican y en las que nos reconocemos. Santo Tomás de Aquino⁴ y los escolásticos reconocieron este fenómeno lúcidamente y lo llamaron *segunda naturaleza*, por la fuerza y la permanencia que advirtieron que dejan tales improntas. Difícilmente se olvidan y aún cuando parecieran haberse borrado, poco hará

⁴ En la *Summa Contra Gentes*, I, Cap.XI Santo Tomás afirma: “La costumbre, y sobre todo la que arranca de la niñez, adquiere fuerza de naturaleza; por esto sucede que admitimos como connaturales y evidentes las ideas de que estamos imbuidos desde la infancia”.

falta para reencontrarlas y reconocerlas como hondamente "nuestras". En la ancianidad, desde los entresijos del olvido, inopinadamente vuelven y tienden a hacerse recurrentes.

Ya que estamos en Colombia y para dar un ejemplo que me produce alegría y añoranza, recordaré unos versos que dicen

"¡Aserrín!, ¡Aserrán! / Los maderos de San Juan, / piden queso, piden pan / los de Roque alfandoque / Los de Rique / alfeñique / ¡los de triqui, triqui, tran!

Los aprendí en la Escuela Primaria y pertenecen al, esta vez es literal, inolvidable poema "Los maderos de San Juan" del colombiano José Asunción Silva, incluido en su libro *Infancia*. Como muestra de la perdurabilidad y la recurrencia de la memoria infantil, después de décadas yo recordaba incluso el nombre del autor. Lo notable fue que no me acordaba muy bien del estribillo (aserrín, aserrán) sino de una parte central del poema:

*"Y en las rodillas duras y firmes de la Abuela
con movimiento rítmico se balancea el niño
y ambos agitados y trémulos están,
la Abuela se sonrío con maternal cariño
mas cruza por su espíritu como un temor extraño
por lo que en lo futuro de angustia y desengaño
los días ignorados del nieto guardarán".*

Al respecto de la memoria o reminiscencia infantil el cine nos ha ofrecido una sencilla historia de notable contenido psicológico, urdida en torno a nuestro tema. Nos referimos a la película griega *La sal de la vida* (2005). De una manera muy bella se nos muestran vivencias infantiles que se conservan en el protagonista de manera indeleble y van marcando su destino. Son vivencias de alto contenido sensorial, como son las vivencias de los niños, proporcionadas por los sentidos más *existenciales*, es decir por el olfato, el gusto y el tacto. Los llamamos *existenciales* porque son ellos los que nos ponen de la forma más inmediata y primigenia en contacto con las cosas. A diferencia de la vista y el

oído ese contacto resulta físicamente más inmediato⁵. La película ha sabido mostrar la ligazón entre las experiencias infantiles y su resistente impronta a lo largo de la vida. Aparece, además, en el film un abuelo que guía al niño protagonista, convertido en su íntimo amigo, y que refleja románticamente el papel paternal al modo propio de los abuelos. Abuelos y abuelas ejercían una especie de prolongación de la paternidad y la maternidad cuando aún existían las estructuras familiares extendidas. La fragilidad actual de una y otra experiencia tiene que ver también, probablemente, con el quiebre de la tradición ancestral debido a la difusión de la familia nuclear o restringida.

Con todo esto queremos insistir en la relevancia de los influjos e influencias que recibimos de pequeños, preponderantemente ambientales, y que parecen absorberse incluso por vías no conscientes.

Pues bien, la figura del padre, su simbolismo y su carga afectiva, se forja principalmente del mismo modo, es decir, por educación ancestral transmitida ambientalmente. Sobre esta base se irá edificando el edificio moral-racional que esa figura nos trasmite o debe transmitirnos.

La figura paterna tiene, pues, tanta incidencia en la maduración afectiva de la familia como la figura materna. Redescubrirlo ahora es un inmenso salto adelante. Las presencias paterna, materna y fraterna (sin olvidar los otros lazos entrañables con abuelos, tíos, etc.) van tejiendo la *urdimbre afectivo-axiológica* del interior humano profundo y primigenio, esfera vital de gran relevancia en nuestras vidas. No obstante, como veremos, sería un grave error suponer que este nivel sea el más importante.

La identidad masculina y la figura parental

La figura parental depende de la identidad masculina. Si ésta no se logra suficientemente aquélla tampoco se logrará, porque la paternidad es esencialmente función, misión y vocación masculina. Y hé aquí que en la

⁵ Charles de Koninck, en una memorable presentación sobre la tiranía de la vista, "The Tyranny of Sight" (Report of Annual Meeting and Proceedings of the Royal College of Physicians and Surgeons of Canada, 1951) dice del sentido del tacto que es *por excelencia* el sentido de la certeza y de la sustancia, en fin, de la *experiencia*. Es fácil recordar a Tomás Apóstol negándose a creer en la resurrección del Señor diciendo: *si no meto mis dedos en los agujeros de los clavos y mi mano en su costado, no creeré*.

coyuntura actual de la civilización psicólogos, psiquiatras y antropólogos nos advierten de una crisis de identidad masculina, semejante a la que se produjo en los años 60 con la identidad femenina, y que transformó la autoimagen de la mujer y su imagen social. Para rescatar la figura del padre necesitamos previamente profundizar en el tema de la identidad, pues pensamos que la paternidad está en estrecha dependencia de que el candidato a la paternidad posea una cierta autoidentidad varonil.

Intentemos algunas reflexiones para una mejor comprensión de este tema.

La identidad tiene, según nos parece, por lo menos tres niveles de análisis. El metafísico u ontológico, el fenomenológico-existencial y el psicológico. Son los dos últimos los que más nos interesan aquí. En ellas el tema de la identidad no se presenta con caracteres absolutos o esenciales, como en la consideración ontológica, sino como el de un proceso evolutivo que tiene, según sabemos por experiencia, sus más y sus menos, es decir va normalmente acompañada de diversas oscilaciones. El sujeto psicológico va adquiriendo conciencia de sí progresivamente. Se trata de una conciencia concomitante al flujo de la vida psíquica, o sea a ese fenómeno fundamental de la vida personal que se llama *autopresencia* o *mismidad*. Es decir, el reconocerme yo como yo-mismo. Esta certeza es más o menos luminosa o más o menos penumbrosa según las circunstancias de la vida. En las crisis de crecimiento la persona siente una honda necesidad de encontrarse a sí misma; así sucede agudamente en la pubertad y adolescencia.

La identidad del sujeto se remite, pues, por oposición, a la *alienación*, es decir al no sentirse uno, uno mismo. Esta última es la experiencia del *extrañamiento*, más fuerte en ciertos momentos de la vida. A la inversa, hay momentos de exaltada lucidez del Yo o *Self*. Se dan diversos modos de oscurecimiento, extrañamiento y alienación, según los estados psicológicos y los condicionamientos socio-culturales. Por cierto existen causas biopsíquicas que afectan más seriamente la identidad de las personas. Así la psicopatología señala diversos estados, como las disociaciones esquizofrénicas, las amnesias, las neurosis histéricas, las obsesiones y fobias⁶. Estas formas

⁶ Ey, H. (1967). *La conciencia*. Madrid: Gredos, p. 288.

biopsíquicas o endógenas de desmedro de la identidad personal se distinguen de las inducidas por circunstancias socioculturales o exógenas, pero suelen estar relacionadas entre sí. En la vida de las grandes personalidades hallamos momentos luminosos de autoconciencia y de conciencia de la vocación o destino al que se sienten llamadas, pero también de oscurecimiento. Ambas experiencias, seguramente atenuadas, puede tenerlas cualquier persona.

Desde Hegel y Marx el concepto de alienación adquirió carta de ciudadanía en la cultura moderna, aunque con sentidos diversos. Recientemente la psicología social ha estudiado de modo empírico las variables que inciden en la autoimagen y la autoidentidad. Estos estudios muestran a la autoimagen como *muy* dependiente de la imagen social, es decir de cómo nos ven los demás y de cómo percibo yo (o imagino) que me ven. Mi Yo se ha ido llenando de contenidos provenientes del Mundo circundante, del mundo socio-cultural en el que está inmerso⁷. Por ello los cambios en ese Mundo afectan la autoimagen y, por ende, la autoidentidad, porque esos cambios se dan también o concomitantemente *dentro* de mí.

Identidad y roles sociales

La autoidentidad psicológica se va formando mediante otro proceso psico-social, la identificación personal que todos hacemos con los roles más significativos que desempeñamos, tales ser hombre/mujer, padre/madre, empleado/jefe, etc. La identificación con los roles es extremadamente relevante para las personas. Los papás se identifican normalmente con su rol de tales, pero para que esto suceda con naturalidad debe pre-existir una autoidentificación masculina, es decir con la virilidad.

Como vimos, la asunción madura del rol de padre supone, como base, una autoidentificación previa con la masculinidad. Y aquí nos sale al paso otro fenómeno psicosocial que tiene que ver, y probablemente mucho, con la crisis actual del rol paterno. Si así no fuera no estaríamos aquí reunidos en este Congreso dedicado al tema. Estamos aquí porque percibimos una problematización de la función paternal. Con cierta anticipación esta problematización había alcanzado ya al rol de madre, que se produjo a raíz de

⁷ Nuttin, J., (1968). *La estructura de la personalidad*. Buenos Aires: Kapelusz, Cap.8.

un profundo cambio de la identidad femenina. No es de extrañar, entonces, que la familia toda esté afectada por la crisis, sobre todo si consideramos la crisis de los otros roles familiares, como el rol de hijo. A esta altura del proceso no necesitamos demasiadas demostraciones. Somos testigos presenciales del fenómeno, sea en nuestros propios hogares, en los círculos de amistades o de trabajo, y qué decir en los consultorios, colegios y escuelas y en los tribunales.

Pero no se crea que se trata puramente, a esta altura de los acontecimientos, de dificultades o claudicaciones en el nivel moral. No están fallando solo las virtudes que la feminidad y la virilidad suponían. El drama cala más hondo, alcanza los niveles afectivos y motivacionales, hasta diríamos los niveles de las vivencias instintivas⁸. Aparece una suerte de desvitalización de la masculinidad y la feminidad y consecuentemente de sus respectivas proyecciones paternas y maternas.

Enfoque sistémico-interrelacional de la familia

La vida intrafamiliar debe ser vista, si quiere ser comprendida, como un sistema fuertemente interrelacionado, tanto *ad intra* como *ad extra*. No se puede profundizar en la relación padres-hijos si no se tiene presente la de padre-madre, hijos-hijos, hijos-padres y a este pequeño grupo interactuando con el medio. El hecho familiar aparentemente más autosuficiente es la maternidad y no obstante está íntimamente relacionada con la paternidad, como señala Antonieta Macciochi⁹. Esta autora ha definido la maternidad como una realización femenina en compañía del hombre. Nazareth Echart, comentado este aserto, indica que si bien así debiera ser, muchas veces el padre está ausente. "*De modo incomprensible -agrega- (los hombres) no han comprendido todavía que a la maternidad le corresponde de forma recíproca la paternidad... Y paternidad significa hacer tan presente la figura del padre como lo está la de la madre...*". La autora se pregunta cómo llegar a eso y se responde: "*Por una educación que entienda bien algo tan simple como que la maternidad es cosa de dos*".

⁸ El *fondo endotímico* del que hablaba Ph.Lersch (1968). *La estructura de la personalidad*. Barcelona: Scientia.

⁹ "El padre ausente", NUEVA REVISTA, N°49, febrero-marzo 1997, Madrid, p.6.

Es que los roles de padre/madre/hijo/hija etc., son interdependientes. Forman sistema. Es decir, a la maternidad no la podemos pensar sino en relación a la paternidad y recíprocamente. Lo maternal y lo paternal son orientaciones existenciales, no contrapuestas sino complementarias y que de alguna manera no sólo se remiten sino que se reclaman una a otra. Si Dios nos hizo a su Imagen y Semejanza y nos hizo varón y mujer, significa que lo femenino y maternal y lo masculino y paternal están en Dios de alguna manera, aunque de otro modo que en nosotros. Existencialmente no resulta fácil distinguir siempre una acción o actitud maternal de una paternal. Ambas se religan a la bondad amorosa de Dios que tiene modos infinitamente variados. En el ser humano aparecen diferenciados con una prevalencia según género, pero, es menester no olvidarlo, como cualidades complementarias, sin carácter de exclusividad absoluta de una u otra en el padre o la madre.

En otro aspecto, no debemos pensar la *plasmación afectiva familiar* referida sólo a los hijos, de arriba hacia abajo, es decir de padres a hijos, aunque ésta sea la preponderante, sino de todos los miembros respecto de todos los otros, en un perpetuo pasaje de ida y vuelta, con sus "bucles" de retroalimentación. Puede observarse que los hijos influyen en los padres, y se influyen entre sí. Un caso patente es la dinámica de la moda. En efecto, debido a que el arquetipo actual de la elegancia es la indumentaria y los modos juveniles, no es raro observar que las madres (y los padres) suelen asumir maneras y ropas propias de los chicos. A veces es difícil ignorar que madres jóvenes aparecen compitiendo con sus hijas.

La familia, como dijimos, interactúa como grupo y a través de cada uno de sus miembros con su entorno tanto físico como simbólico, de ahí la importancia del enfoque interrelacional y sistémico, tanto del espacio interno como del ambiente externo.

Causa primaria de la identidad personal

La diferente identidad de hombre y mujer no proviene solo de lo biológico y psíquico, sino que alcanza el nivel espiritual. Es decir se es hombre o mujer también y sobre todo porque se tiene un alma femenina o un alma masculina. Esta afirmación exige una fundamentación ontológica. Al respecto es muy sugestiva la posición de la filósofa Maia Lukac de Stier. ¿Cuál es la

estructura y la dinámica del ser-mujer y del ser-varón ontológicamente hablando? Maia de Stier señala que nos encontramos aquí frente al problema de si todas las almas humanas son sustancialmente iguales. No se trata de que las almas de los distintos individuos humanos, hombres o mujeres, difieran de modo esencial y específico, pues esto sería inadmisibile. Efectivamente, todos pertenecemos a la especie humana y hay entre todos, hombres y mujeres, una igualdad esencial¹⁰. Pero tampoco la diferencia es meramente accidental, como pretenderían las feministas. Sin argüir diversidad de naturaleza (de especie) se puede afirmar, no obstante, una distinción individual que permite considerar a las almas humanas dotadas de perfecciones sustancialmente diversas.

Sigue diciendo nuestra autora que no son los cuerpos la causa eficiente de la masculinidad y la feminidad. Es Dios quien crea las almas de este hombre y de esta mujer concretos, y el cuerpo sólo interviene ocasionalmente. El alma masculina y el alma femenina no son, sin embargo, repitámoslo, dos especies de alma humana, sino dos modos de la misma esencia del alma espiritual en la realidad, que no se diferencian en el orden específico. La argumentación metafísica de esta tesis nos llevaría demasiado lejos¹¹. Pero vale la pena insistir en que existe una distinción *natural* entre lo femenino y lo masculino, una diversidad biológica, psíquica, espiritual y *ontológica* entre hombre y mujer, como enseña Maia de Stier. Si la autora tiene razón, como creemos, las dos funciones de maternidad y paternidad, que se fundan y provienen de la feminidad y la masculinidad, tienen también un fundamento ontológico en los dos modos existenciales del ser humano, el ser mujer y el ser hombre. No es puramente accidental y extrínseco al padre ser padre y a la madre ser madre. Brota de su propia sustancia natural.

Epílogo

¹⁰ Juan Pablo II en la *Mulieris Dignitatem*, cap. III, nº 6 lo señala con toda claridad, siguiendo, por lo demás, a los Padres de la Iglesia.

¹¹ Un resumen de esta posición se hallará en Pithod, A. (2003). *La mujer. Una nueva pedagogía*. Mendoza: Ediciones Dike, pp. 152 y ss.

Hasta aquí no nos hemos detenido en lo más importante para obtener de un hombre un buen padre. Eso de más importante es su condición espiritual. Por ella somos *persona humana*. La plenitud humana no se alcanza solo por lo biológico y lo psíquico, por la salud y la educación u otras perfecciones de esta índole. Hace falta que la persona crezca en los valores fundamentales de la *humanitas*, que son los valores espirituales. Para "rescatar al padre", como propone este Congreso, lo decisivo es el crecimiento interior, porque "es en el interior del hombre donde habita la verdad". Esta sentencia es de S. Agustín, pero lo que expresa ya estaba en Sócrates y Platón, y en el Evangelio cuando nos dice que lo bueno y lo malo, lo puro y lo impuro, nacen del corazón, es decir de nuestro interior espiritual.

Pero, más concretamente, ¿cómo se logra ser un buen padre? Siendo un *padre bueno*. No, por cierto, en el sentido de bonachón. Sino en el sentido también evangélico de que solo Dios es bueno, el absolutamente Bueno. Por eso es Padre. Son los valores de la bondad los que están por encima de cualquier otro valor: *Bondad, veracidad, limpidez de alma, humildad, honestidad y amor desinteresado superan todos los otros valores, sea la genialidad intelectual, artística o profesional, la vitalidad, la belleza, la fuerza*¹².

Y con esto volvemos a lo de siempre y nos reencontramos con el bien máspreciado al que podemos aspirar, el supremo bien de la Sabiduría. Sólo por ella podemos hacer verdad en nosotros la jerarquía de valores que acabamos de enunciar. Ella es el fundamento de nuestra humana existencia y su sentido último. Nuestra sabiduría, la de los que estamos aquí reunidos, tiene sus raíces en Atenas y Jerusalem, en Roma y España, pero nosotros somos de cepa americana, somos un transplante, un injerto nuevo en un continente nuevo, el que Juan Pablo II llamó *Continente de la Esperanza*.

Abelardo Pithod

Mendoza, Argentina - 2006

¹² Cf. Von Hildebrand, D. y Alice (1966). *El arte de vivir*. Buenos Aires: Club de Lectores, cap.I.